

LA ORACIÓN EN VOZ ALTA

CON EL EVANGELIO (1)

Antonio Pérez Villahoz

Primera edición: diciembre de 2014

© Cobel

ISBN: 978-84-942676-9-7

cobel@cobel.es

www.cobelecciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	5
Muchos primeros serán últimos	9
El primer mandamiento	29
Rogad que mande trabajadores a su mies.....	47
“Quiero, queda limpio”	65
No tenían lugar en la posada.....	83

INTRODUCCIÓN

“Nunca seré capaz de hacer oración: es difícil hablar con alguien a quien no ves”. Estas palabras, pronunciadas por un chico de quince años, se me quedaron bien grabadas. Eran el resumen de algo que todos hemos pensado alguna vez... Al final el tiempo te dice que todo es más sencillo de lo que parece. Intenté explicarle a este chico que hacer oración es de las cosas más divertidas de este mundo, que merece la pena el esfuerzo, que Dios siempre está a la escucha, que lo que pasa es que muchas veces nosotros estamos en “off”. Hicimos un trato; le dije que escribiera sus ratos de oración en unos cuántos folios, que hiciera el esfuerzo de poner por escrito todo lo que llevaba dentro y le gustaría hablar con Dios. Le animé que se hiciera protagonista de sus ratos de oración, que hablara de tú a Tú con Dios.

Las páginas que siguen son fruto de su esfuerzo. Es la oración en voz alta de un chico de

quince años que abre el Evangelio. Acabó descubriendo su modo de hacer oración. Al final se dio cuenta que sí era capaz de hablar con Dios, porque lo veía detrás de su conversación, porque supo escuchar y sentirse escuchado, porque supo mirar al Sagrario con ojos de hijo de Dios. Utilizó sus palabras, su lenguaje, su modo de expresarse. A mí me han ayudado. A mí este chico, que decía que era incapaz de hacer oración, me ha enseñado a rezar, me ha enseñado a dirigirme a Dios como Padre, como amigo. Si a ti también te ayudan, dale las gracias a Dios y cuéntaselo a otro amigo tuyo, de esos que, como tú y como yo, hemos pensado que nunca seríamos capaces de hacer oración... hasta que entendimos que hablar con Dios de verdad es una cosa bastante divertida.

AL EMPEZAR LA ORACIÓN:

Señor mío y Dios mío,
creo firmemente que estás aquí;
que me ves, que me oyes.
Te adoro con profunda reverencia,
te pido perdón de mis pecados,
y gracia para hacer con fruto este rato
de oración.
Madre mía, Inmaculada,
San José, mi Padre y Señor,
ángel de mi guarda,
interceded por mí.

MUCHOS PRIMEROS SERÁN ÚLTIMOS...

¡Gracias, Señor, por poder hacer contigo este rato de oración! Mi Jesús, muchas veces me doy cuenta que mi egoísmo ensucia el trato con los demás y también contigo... El otro día, sin ir más lejos, me llevé un alegrón tremendo porque saqué una buena nota en el examen de Lengua y al día siguiente colé un golazo en el equipo de fútbol 11 del colegio (tenías que haberlo visto... fue por toda la escuadra y sin apenas ángulo... ¡un golazo!), y en ningún momento fui a contarte esas alegrías. A Ti acudo sólo para pedirte cosas... parece que estoy todo el día pataleando hasta que consigo que me des lo que te pido y, sin embargo, las alegrías me las quedo para mí. Y eso que yo sé que Tú eres amigo de las sonrisas auténticas... Y yo, que soy muy cutre, te cuento muy pocas veces las cosas buenas y aquí sólo vengo a contarte mis penas y mis necesidades... ¡Perdóname, Señor! Perdóname porque no sé verte como un Amigo, sino como una persona poderosa ante la que pongo cara

de angelito para ver si me da algo de lo que le pido... ¡Y ese no eres Tú!

Madre, ayúdame a no ser así con tu Hijo... ¡ni contigo! Como buena madre que eres, entenderás y disculparás tanto egoísmo por mi parte, pero tienes que enseñarme a ser agradecido y, además, tienes que lograr que busque al Señor para contarle las cosas buenas que me pasan... Así evitaré tratarle solo cuando llegan las temporadas duras... o los exámenes o esos momentos en que todo me cuesta mogollón. San José, socorreme en mis necesidades y tú, buen custodio, ángel de mi guarda, a ver si pones un poco más de tu parte y así avanzamos más rápido...

Jesús, voy a ver que me cuentas hoy en tu Evangelio:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Os aseguro que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Lo repito: Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios.

Señor, tres líneas de Evangelio y ya me has dado en la línea de flotación... Yo, que aspiro a pijo del año, leer estas letras siempre me ponen muy nervioso... No soy rico, pero muchas veces

desearía serlo para poder comprarme la ropa más pija, y tener todos los juegos de la play, y comprarme cientos de discos originales de mis grupos favoritos de música... Pero Señor, ¿por qué esta insistencia tuya en que no pongamos nuestro corazón en las riquezas?, ¿por qué hablas tantas veces de pobreza, de desprendimiento, de no ser unos despilfarradores?, ¿es que te caen mal los que tienen mucha pasta?

Yo sé, Jesús, que lo que más feliz te hace es vernos felices a los hombres. Tú no tienes ningún empeño por fastidiarnos la fiesta, ni hacer que lo pasemos de pena y estemos todo el día de bajón. Así que deduzco que algo de maravilloso tiene que tener la pobreza para que nos la recomiendes constantemente... ¡Bueno, no es que la recomiendes... Lo que Tú dices es que un rico, un tío apegado a las cosas materiales y cuyo único afán es tener más y más y más, lo tiene tan chungo entrar en el cielo como meter a un camello por una aguja... Y ya dirás Tú quien es el listo que logra hacer eso (lo de meter el camello por la aguja, me refiero). Así que ayúdame a entenderte bien, ayúdame para saber qué quieres de mí en concreto de este trozo del Evangelio.

¡Ser pobre no es algo que uno elija! ¡De hecho millones de los que son pobres no quieren serlo! De hecho, casi todos los hombres queremos ser ricos, tener una cuenta corriente llena de pasta y cuarenta chaletazos repartidos por el mundo entero... Así que, Señor, gente que de primeras desee ser pobre, la verdad es que son muy pocos ¿Y Tú, porqué insistes tanto en lo contrario?

Es verdad que muchas veces escuchas o sabes cosas de la vida de los ricos... que son un desastre... Dejan a su mujer tirada a la mínima, tienen una vida que es un caos y muchas veces les oyes decir, además, que no son felices aunque tengan muchas posesiones.

Y luego están los que tienen para vivir más o menos bien pero se pasan el día preocupados por el futuro, por la crisis actual o por la próxima, sin saber donde poner su dinero para no perderlo o con miedo a perder el puesto de trabajo y que puedan embargarte la casa.

Luego tenemos a los que no tienen nada y están super cabreados, con toda la lógica del mundo, con los corruptos y con los que tienen mucho..., y no paran de gritar que hay que cobrarles más impuestos a los ricos para que así ellos puedan vivir mejor...

Y me pregunto yo, Señor, ¿dónde dejamos la generosidad, el deseo de agradarte, el dedicarte nuestro mejor tiempo a Ti, el darnos a los demás... en todo este afán que tenemos todos, o al menos yo y unos cuantos que conozco, por tener más y más cosas? ¡Ya se entiende ahora que si llenamos el corazón de tener y tener, ahí es muy difícil que quede sitio para Dios! ¿Y cómo puedo vivir tus enseñanzas...? Porque yo apenas llevo siempre cuatro o cinco euros en el bolsillo (excepto cuando llega la estrena de Navidades) y tampoco es que tenga un Ferrari ni nada parecido. Bueno Jesús, lo primero que me pides es que no me apegue a las riquezas, así que desde ahora, en lugar de estar pensando que profesión puedo tener para ser rico, lo que voy a pensar es donde puedo ayudar más a los demás. Y si en un futuro tengo mucha pasta, pues a ver si es para sacar a muchos adelante, no para ir por ahí fardando de coche, de casa y de rubia (bueno, lo de la rubia igual sobra un poco...). Y es que, Jesús, esto de ir de guay, fardando de tener mucha pasta, se nos pega a todos. Parece que ser pobre es ser un pringao... pero así es como vivistes Tú toda la vida, en un hogar pobre junto a la Virgen y junto a San José... Y esto es algo que yo no puedo olvidar nunca.

Hay tanta injusticia en el mundo, tanta gente que lo pasa mal, que se muere de hambre, que

no tiene nada... ¡y yo pensando si me gusta o no la comida que me ha puesto mi madre! Perdóname, Señor, y dame un corazón sensible con las necesidades de los demás; que no sea un indiferente cuando me encuentre un pobre por la calle, que piense en él, en que tendrá, tal vez, una familia y unos hijos que lo estarán pasando de pena... ¡y que no vea en ellos gente que no me va, o incluso gente con la que no quiero mezclarme y que para eso incluso me cambio de acera! ¿Cuándo fue, Jesús, la última vez que le di las buenas tardes a un pobre? Ahí dejo la pregunta...

Bueno Señor, voy a seguir leyendo este trozo del Evangelio para ir viendo qué cosas quieres de mí:

Al oírlo, los discípulos dijeron espantados: Entonces, ¿quién puede salvarse? Jesús se les quedó mirando y les dijo: Para los hombres es imposible; pero Dios lo puede todo.

¡Qué buena gente son estos apóstoles! Se dan cuenta de que esto de buscar la riqueza a toda costa y tener el corazón lleno de deseos de tener... es algo que está muy extendido en todos los hombres. Por eso se encandalizan de tus enseñanzas, Jesús. Y después de oírte, la única

conclusión que sacan es que aquí no hay quien se salve... ¡Vamos, que la mayoría de las personas tenemos un único destino... ¡y no es precisamente el cielo!

Así que ya puedo ponerme a luchar en cosas concretas... ¡Menos mal, Jesús, que ya les aclaras Tú a los apóstoles que el hombre tiene chungo salvarse, pero que Dios lo puede todo! ¡Eso da mucha paz oírlo... de lo contrario íbamos apañados los hombres!

¿Y qué puedo hacer yo para ser pobre? Primero valorar lo que tengo y darle gracias a Dios por ello, pero no apegarse, no vivir con temor a perder las cosas que poseo... Por ejemplo, muchas veces me da el canguelo por si mis padres me quitan el móvil pijo que llevo o no me compran esas zapatillas que lleva mi jugador de fútbol favorito... Querer ser pobre es un deseo del alma que tengo que fomentar dentro de mí. A lo mejor me puede ayudar no coger el ascensor todos los días, y así subir andando alguna vez para comprender mejor a esa viejecilla que lo hace todos los días porque en su finca no hay ascensor. O puedo esta tarde, cuando salga del cole, no comprarme ninguna chuche para así no estar todo el rato pensando en mis caprichos. También puedo no merendar de vez en cuando, y ese pasar un poco de hambre me servirá

para ofrecerlo y sentir así la pobreza que pasan otros. ¡Es verdad que porque yo no meriende un día no se va a acabar el hambre en el mundo!... pero igual si que se acaba un poco de mi egoísmo... ¡y eso ya es mucho! Además, si yo tengo más generosidad, pongo más comprensión en los demás, soy más mortificado y me identifico más con la gente que lo pasa mal, entonces mi corazón no se afanará por tenerlo todo, estaré menos atontao con el último móvil de última moda. Pondré mi corazón en servir, en dar mi tiempo a los otros, en procurar dedicar esfuerzos en acompañar a los que se encuentran solos o tristes, o en echar una mano en una tarea de solidaridad...

Pero Señor, Tú ya sabes que esto es muy bonito pero que yo tengo un corazón muy egoísta. Por eso necesito especialmente Tu ayuda, porque muchas veces me despisto, y me empiezan a dar igual los otros, me dedico a ir a mi bola, no ayudo a nadie en sus estudios y me dan igual las necesidades de los que no tienen nada o lo están pasando mal. ¡Quítame tanto egoísmo como hay dentro de mí! ¡Es difícil... Yo no puedo... pero Tú lo puedes todo!

Bueno Jesús, voy a seguir con este Evangelio para saber qué quieres de mí en todas las cosas que me estás contando:

Entonces le dijo Pedro: Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?. Jesús les dijo: Os aseguro: El que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, mujer, hijos o tierra, recibirá cien veces más, y herederá la vida eterna.

Si es que san Pedro es bastante pillito... Tú, Señor, acabas de decir que hay que entregarlo todo, que no podemos estar apegados a las cosas, que un rico -aquellos que ponen su corazón en tener y en tener- se encontrará cerradas las puertas del cielo... y entonces llega san Pedro y te dice: “Vale, y entonces para los que dejamos todo, para los que queremos tomarnos en serio tus enseñanzas y vivir en este mundo sin estar apegados a las cosas... ¿qué premio tendremos?, ¿con qué nos vamos a quedar?”. Mira que era un poco bestia el primer Papa... Intenta sacar tajada de la situación y pregunta por el premio final... Pero bueno, menos mal que san Pedro tuvo la cara dura de preguntarle al Señor en directo por el premio... Es verdad -lo he escuchado muchas veces- que querer al Señor no se hace porque así conseguimos regalos de Dios -¡que Él nos da gratuitamente!-, pero tampoco viene mal saber que yo lucho todos los días para ir a ese cielo que Dios nos ha prometido... Pensar en el cielo no creo que sea malo, Señor, sobre todo en esos momentos en que todo se

hace más difícil y las cosas cuestan mogollón. Es como cuando uno tiene que estudiar un examen y le torra mogollón... Pero pensar que si lo apruebo tendré un verano estupendo... ¡me ayuda muchísimo a estudiarlo! Pues lo mismo con la lucha en la vida cristiana...

Lo que me ha dejao flipao, Jesús, es cuando dices que quien lo deja todo (mujer, hermanos, casa, etc) recibirá no solo la vida eterna sino “cien veces mas”. Y es que Tú no quieres, Señor, que los cristianos pensemos que esta vida hay que pasarla como sea, llorando en cada esquina, pero sabiendo que luego vendrá el cielo. ¡No! La vida cristiana es de gente que se siente y se sabe una persona feliz. Ser cristiano es incompatible con una vida triste, achantada, de gente amargada... ¡Tú nos quieres, Jesús, muy felices aquí en la tierra! ¡Es más, muchas veces le he oído al cura decir que “quien no es feliz en la tierra no será feliz en el cielo”.

Luchar por ser buen cristiano ya tiene un premio en sí mismo... El otro día, haciendo la oración con un libro de San Josemaría Escrivá, leí un punto que me gustó mucho. Ponía lo siguiente: “Para alcanzar la felicidad no se necesita una vida cómoda sino un corazón enamorado”... ¡Flipé! Leyendo esto entendí muchas cosas... Entendí, Señor mío, que ya puedo hacer mu-

chas cosas buenas como rezar muchos rosarios, ir a Misa cada tres horas... pero que todo eso, si no lo hago con un corazón enamorado, ¡no sirve para nada! Y comprendí mejor que nunca, que todo lo tengo que hacer para quererte más... Ahora entiendo que es muy absurda mi actitud, por ejemplo, cuando vamos en la Furgo y voy rezando el Rosario como por obligación, pasando de rezar y distrayéndome con la imaginación para ver si acaba cuanto antes... ¡Y además luego pienso que soy piadoso porque he rezado el Rosario!...

O las cosas las hago para querer mas al Señor o me convierto en un fariseo... en un tio que se dedica a posar con cara de cristiano pero que por dentro es un falso... ¡Y esto me pasa a mí y seguro que también le pasa a muchos de mis amigos! Y tengo que aprender a enamorarme del Señor a través de las cosas de cada día... ¡A través de mi estudio, de mis partidos de fútbol, de ofrecer ese rato bueno que paso con mis amigos tomando una coca-cola, de portarme bien en casa y servir a mis padres cumpliendo mis encargos... y de muchos modos mas! Hay que enamorarse de Dios a través de mis cosas de cada día... Pero para eso, Señor, o me das más presencia tuya o me despisto muy pronto y todas estas buenas ideas quedan en nada, en solo un buen sentimiento que no acaba influyendo en

mi vida concreta... Por eso es importante hacer pequeños parones, y usar de “industrias humanas” para tenerte más presente como saludar al cuadro de la Virgen de mi habitación, o también -eso me sirvió mucho durante una temporada- cambiarse el reloj de mano y así cuando me doy cuenta pues digo una jaculatoria, o ponerme en el móvil unas alarmas en que me vibra el teléfono y así me acuerdo de Ti, o ir rezando por la gente con la que me cruzo por la calle... En fin, Señor, son pequeños trucos que me ayudan a recomenzar, a estar más pendiente de tus cosas.

Pero bueno, Jesús, me he ido yendo del tema inicial y menuda enrollada me he metido...

Lo que Tú me decías en este Evangelio es que nos prometes el cielo y la auténtica felicidad en este mundo -”cien veces mas”- para aquellos que luchan por una entrega auténtica, por los que se enamoren de verdad de Dios. Tú, Señor, me quieres felicísimo en este mundo. Por eso un cristiano triste es un triste cristiano... Yo no puedo dar a mis amigos una imagen de cristiano como de un amargadillo... que sí, que pensará que el cielo es fantástico, pero que no será nada atractivo para los demás, porque ven que se lo pasa de pena en esta vida... A lo mejor, Jesús, ese dar una imagen tan lamentable de lo que es un cristiano es lo que hecha para atrás a mu-

chos... A mí, lo que más me ayudó a tomarte en serio, Dios mío, fue ver a personas que eran muy felices y que yo veía que procuraban estar cerca de Ti. Tú eres un Dios alegre, sonriente... no un Dios triste y amargado... ¿Aprenderé alguna vez esta lección, Señor?

Pues eso es lo que me propongo... Transmitir alegría a mi alrededor, y para eso lo primero es tener una sonrisa constante, pero no una sonrisa de anuncio, sino una alegría que va por dentro y que sale hacia fuera. Y esa alegría interior la da el saberse cerca de Ti, el vivir sin que nada nos quite la paz interior. Y cuando haya algo en mi vida que me haga sufrir -porque sufrir es algo que nos toca a todos- pues iré a dejartelo en el Sagrario para que Tú lo arregles, y a seguir funcionando, y a seguir procurando ayudar a todos y hacer muy felices a los demás con mi trato, con mi compañía, con mi conversación.

Y ahora voy a acabar de leer este trozo de Evangelio:

Muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros.

¡Esto lo dice mucha gente pero yo a veces no lo entiendo! ¡Querer ser el primero es lo que nos

tira a todos, lo que nos mola a todos y lo que todos deseamos! (bueno, no sé si esto le pasa a todos pero sí a mí y a casi todos los que yo conozco) ¿Quién desea ser el último? ¿A quién le apetece ser el último al que elijan cuando se juega un partido de fútbol a la hora del patio?, ¿quién quiere ser señalado como el último de la clase?... Señor, explícamelo por favor.

Cuando Tú nos dices que los últimos serán los primeros y los primeros los últimos, tal vez lo que quieres decirme con esto es que los cristianos hemos de aspirar a ser servidores de todos, no a querer ir de guay, ocupando los primeros sitios, queriendo ser como las personas a las que todos admiren... ¡Vamos, los clásicos flipaos que van de guay y que solo desean que todos hablen bien de ellos, y que incluso humillan a los de cursos inferiores para quedar de chulos delante de los de su clase! Es verdad, Señor, yo no quiero ser de esos tios. A mí los que me caen bien son ese tipo de gente que se nota que son generosos, que hacen el bien pero no lo cuelgan en su muro de facebook para que todos se enteren... Hay gente de mi clase que se nota que trata con respeto a los demás, que ayudan a otro cuando no entiende algo de matemáticas o de física y que además juegan bien al fútbol, pero se nota que en el campo no van de chupones y pasan el balón aunque el otro juegue peor...